

VII

Toco aquí a un tiempo muy interesante —según yo—, pero muy escabroso, como dificultad de escritura y lucha con minucias que hay que expresar, con matices casi infinitesimales que tienen, a mis ojos, importancia muy seria, con todo y ser pueriles en sus comienzos, aunque para alcanzar la adolescencia... ¡y que el diablo confiese su adolescencia, cuando es como la mía! Esta exposición sincerísima y lo menos atenuada posible de mis comienzos... en muchas cosas, no pasará a las prensas sin grandes tiradas previas en mi fuero interno y sin duras concesiones a los usos adoptados

en materia de estilo autobiográfico; pero el título obliga, y puesto que me han impuesto un poco a que grite —¡ojo!— a la cabeza de estas “notas”—, probaré, después de Rousseau y hasta invocaré a San Agustín, que quizá se digne en ciertos momentos a dirigir mi pluma, ¡ay!, tan profana e indigna— a decir la verdadera verdad sobre mí, un chico entonces de nueve a dieciséis años.

Pero no vayan a crear tampoco en horrores excesivos, sino en un escrúpulo no exagerado nada más, aunque ya es demasiado. El día de mi ingreso en la institución, como criatura de instinto, o, mejor dicho, de instinto muy corto, sentí yo miedo, no miedo, horror, no del salón de estudio con sus pupitres, su tufillo pedestre y aun de otra índole, su cátedra cien veces repintada de amarillo oscuro y cien veces desven- cijada, desde la cual “nos” dominaba mal y tor- pemente el celador de estado, y en desquite rencoroso e injusto —pobre muchácho, poeta o estudiante demasiado pobre, cuando no pa- sante de oficio, que los hay concienzudos y fe- roces... ¡y de otra índole!—, pero en todo ca- so detestable; sentí horror, como iba diciendo, no del decorado triste, a pesar de la novedad para un niño —Luis XVII en el Temple—, si- no miedo y horror de los compañeros ya dis- ciplinados, indisciplinados debiera decir, que

se aprovechaban de la menor ocasión para armar ruido entre dos silencios, demasiado serviles para ser verosímiles, o con los brazos sobre los hombros, o por debajo de la mesa atestigando de dos en dos un celo extremado por el estudio común de un texto que se ha de recitar en seguida o se ha de dejar para mañana, en el Liceo Bonaparte o en el Colegio Chaptal, uno de cuyos puntales, como quien dice, era la Institución.

A más de esto, como yo había ingresado en la Institución a las cuatro de la tarde y la clase de los pequeños llamada elemental estaba ya funcionando y era conveniente no perturbarla, me pasaron el estudio de los medianos, de doce a catorce o quince años, que volvían del Bonaparte —los chaptales tenían su estudio independiente—, y existía la costumbre de que los alumnos de esa categoría que estaban castigados sufrieran, a guisa de tarea, una suerte de dictado en latín o en francés, deletreando palabra por palabra, según el libro, por uno de los pacientes, en voz alta e inteligible, con un tonillo que se parecía un tanto al de las escuelas primarias —B-A ba, Baba; B-E be, Be-be—. Aquel día el texto elegido era el *Telémaco*, y el capítulo entresacado, aquél en que se refiere la bajada a los infiernos del hijo de Ulises; y el muchacho encargado de dictarles a

los otros, uno de los más grandulones del estudio, dotado de esa gruesa voz viril de que tanto se ufanan los chicos en vías de pubertad, y con la intención inequívoca de molestar al pasante, forzaba todavía más el vocejón, recalcando furiosamente las palabras. Era invierno. Cuatro lámparas suspendidas, provistas de pantallas metálicas, arrojaban sobre las cuatro mesas negras del salón una luz dura que hacía más densa todavía la sombra de las paredes, y como pavorosa para mis ojos no acostumbrados a aspectos tan severos. Y la voz terrible seguía evocando el Flageton, geton; Radamante, damante, etc.... Lo cual, a fe mía me hacía una impresión tremenda. Era aquello incluso demasiado fuerte para el primer día, y mi mala impresión fué tan intensa que me costó mucho trabajo contener mis ganas de llorar.

Sonó en esto una campana que anunciaba la hora de la comida. Ordenáronse los alumnos en filas de dos en fondo, y yo me puse al lado de uno de mi estatura, el cual, durante todo el larguísimo trayecto del salón de estudio al rectorio no me dijo ni una sola palabra, y, en cambio, volvióse varias veces a uno de los dos compañeros que nos seguían diciéndole en voz baja no sé qué de mí, pues no pude oirlo bien a causa del ruido que armaban todos aquellos pies arrastrándose o saltando sobre el suelo

pavimentado que seguía la caterva escolar; pero que, sin duda alguna, estoy autorizado a sospechar que habían de ser más o menos malignas, si no del todo malévolas.

En el refertorio de que ya he hablado, había tres largas mesas, la de los mayores en el centro, la de los medianos y los pequeños, de cuyo número era yo, a derecha e izquierda; y había además la del pasante, más chica, en un rincón a la izquierda, según se entraba, frente por frente a la puerta de la cocina, las cuatro de mármol negro, sin manteles. Antes de que pudiera uno sentarse, un celador en jefe al que llamábamos, como creo que le seguirán llamando todavía en los establecimientos de esa índole, señor Inspector —dijo el *benedicite* traducido a un francés que le quitaba toda la belleza del latín, de suerte que en lo sobreentendido de su concisión, ese prólogo lleno de *benedicite dominus*, era sustituido por una simple señal de la cruz. “En el nombre del Padre, etc.” a lo que seguía llanamente esto: “Benedicidnos, Señor, así como al alimento que vamos a tomar”, en vez del cordial y como tangible *Nos et ea quae sumpturi sumus, benedicat DEXTERA CHRISTI*.

Cierto que aquella oración era para uso de estudiantes —muchos de los cuales eran, sin embargo, retóricos y filósofos—: pero lean us-

tedes más bien a Chateaubriand a propósito de la necesidad que la humanidad experimenta en sus relaciones con las potencias celestiales de un lenguaje misterioso en el que estén implícitos, en el homenaje y el ruego que no son sino su accesorio, las necesidades que ella misma, la pobre humanidad, desconoce.

Tan verdad es esto que hasta los protestantes ingleses emplean en sus oficios religiosos, tan bellos que son casi católicos —menos la cordialidad, la íntima, por supuesto, y la reverencia totalmente filial— el arcaico lenguaje de los tiempos de Isabel y de antes, casi o más bien completamente incomprendible para los buenos feligreses, que no por eso dejan de salmodiar eficazmente en la iglesia por su salvación, y de rezar mañana y noche a la cabecera de la cama el *páter* y el *credo* en los mismos términos que literalmente empleaban los primeros puritanos.

Sirviéronnos una sopa bastante mediana comparada con los *consommés* de casa. Siguió luego el cocido, tan seco como deliciosamente mantecoso estaba la carne de vaca en casa, con su cortejo de esas divinas legumbres llamadas del puchero; vinieron luego alubias..., en nada parecidas a las harinositas, tiernas y blancas, aderezadas con condimentos “fuertes y suaves”, de la buena mesa de papá y mamá. Y de postre, una manzana. ¿Cómo? ¿“Calvi o reineta”?...

¡Qué! Muy verde todavía, y ya echada a perder.

¡Oh, los postres de la calle entonces llamada de San Luis des Batignolles! ¡Y la *abundancia* (1) en la, sin embargo, tan hermosa jarra de plata con una hermosa V grabada y un hermoso 5 que era mi número, la abundancia, palabra encantadora, la única digna de ser pronunciada, odiosamente desviada de su sentido cuando se la aplica como en aquel caso a una suerte de agua de enjuagar botellas que hubiera sido un abuso incluso llamarla agua teñida de rojo! Aquel brebaje peor que el agua templada, comparábalo yo con el dedito de buen vino puro que me daban en casa a los postres del almuerzo y después de la sopa, en la comida. ¡Aquello era demasiado! Esas impresiones gastronómicas, unidas a las del siniestro estudio y el lúgubre dictado, dictábanme, si no mi deber, por lo menos lo que debía hacer.

Y aprovechándome, al salir del refectorio, de que estaba la puerta abierta para que salieran los externos y de la confusión que produjo la salida de los mismos, que se cruzaban con la hilera de internos que volvían del refectorio, eché a correr y me escapé...

(1) Nombre que dan en los colegios franceses al vino aguado.